

Como si me esculpiesen

Es de madrugada y Valentina y yo estamos tumbadas en la playa. La luna desprende su luz y nos ilumina. Sonriente miro a mi amiga. Ella se gira y me devuelve la sonrisa. Me alegra verla feliz. Al notar algo incómodo bajo mi pierna, la levanto y quito la piedra que me molestaba.

-Tenemos un cierto parecido con las piedras -me dice Valen, quitándome la piedra de las manos-. Al nacer tenemos una superficie plana y suave. A lo largo que pasa el tiempo y crecemos, vamos formándonos, como si alguien nos esculpiera. Si el escultor es bueno, no va a tener fallos, va a ser preciso y limpio. Pero no todos podemos tener uno que sea bueno. A veces, nos toca el más torpe o el menos currante, por lo que no esculpen tan bien y crean cicatrices. Pruebas del daño, pruebas de todo lo vivido, pruebas de lo sufrido. Cuando estás llena de cicatrices y de errores, llega un punto en el que por el más mínimo golpe te rompes. Te rompes, y no puedes arreglarlo ya, porque te has partido en tantos pedacitos, que no se pueden pegar.

-¿Por eso lo intentaste?

Valentina asintió. Observé cómo tocaba la piedra, como si fuese de cristal, frágil. La entendía. Le cogí la mano y me miró.

-Me tienes para todo, lo sabes, ¿no?

- Sí, lo sé.

Miriam Wagener, 10B